

RUTAS POR EL ALTO ARAGÓN

Paseos urbanos (13)

Fraga, antigua y cosmopolita

Por Manuel BENITO

La ciudad no es muy dada a mostrarse al viajero. Mi teoría de que las circunstancias óptimas para recorrer un casco urbano se dan en domingo aquí no vale, el mejor momento es cuando no hay niebla y eso ocurre muy pocas veces. Lo de hoy es sólo neblina, atmósfera *embrosquilada*, que dicen en los cercanos Monegros. Las fotos lejanas lo notarán, pero no es más que trasladar al lector la realidad.

Para andar por Fraga, si vamos en coche, lo mejor es dejarlo en la Avenida de los Reyes Católicos, entrando por los puentes, a la derecha en el lado junto al río que no es zona azul. Estamos en el centro, frente a lo que fuera muralla o mejor dicho villa murada, pues las mismas casas se disponían de forma defensiva. Desde la otra orilla se extienden anchas avenidas surcadas de edificios desiguales, la ciudad moderna.

Mantienen algunos autores la correspondencia entre el topónimo Gallica Flavia, citado por los geógrafos clásicos, y el actual Fraga. Desde luego la historia de la ciudad se remonta a los primeros tiempos, bastará para corroborarlo, luego, un paseo por los ribazos que jalonan al Cinca por el norte.

El origen como entidad de población estable y perdurable, se gestó bajo la administración romana, que creó un gran municipio salpicado de hábitats que prestaban diversos servicios, sobre todo explotaciones agropecuarias. En el cruce de varios caminos se sitúa el Fraga actual cuyo

nombre pudo originarse en *fragua* o herrería, actividad que siempre estuvo presente. En época musulmana la ciudad estaba bien fortificada siendo apreciada por los geógrafos árabes, que la citan y describen. Su situación estratégica, entre las marcas catalana y aragonesa, con una amplia zona al sur fácilmente regable gracias a las intersecciones de los ríos Cinca, Segre y Ebro, hizo que su posesión fuera apetecida por los aragoneses cuyo rey, Alfonso el Batallador, sufrió una estrepitosa derrota cerca de sus puertas.

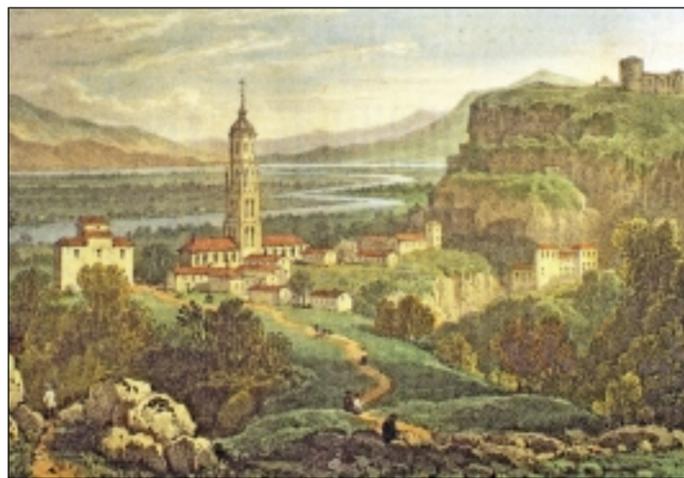
La tradición histórica transmitió que el propio rey había sufrido una herida mortal en la pelea, que le llevó a expirar en Poleñino. Pero no fue así, en realidad, lo que sí quedó mortalmente herido fue el halo de guerrero imbatible que acompañó al rey. Las poblaciones moras, recientemente incorporadas, se sublevaron y el Batallador tuvo que volver a poner sitio a muchas de ellas.

Fraga mantuvo la población semita, tras la incorporación a la Corona aragonesa y en sus calles convivieron las tres culturas: judía, musulmana y cristiana, que fueron expandiéndose, lenta pero inexorablemente. Su situación fronteriza y estratégica le obligó a perseverar el rigor defensivo en sus muros hasta finales del XIX. Por ello se desarrolló hacia la cantera cuyas faldas le dan solar, encaramando casas y estrechando calles, aumentando demográficamente pero con poca repercusión espacial.

En el siglo XVII, impulsado por una fundación agustina,



Panorámica fragatina de Juan Fernando Palomino, siglo XVIII.



Romántica vista de Edward Hawke Locker, pintada hacia 1814.

se creó un pequeño arrabal murado en lo que hoy es Paseo de Barrón Cegonyer. Los capuchinos fueron más valientes y se establecieron al otro lado del río, en lo que luego sería ensanche moderno.

La ciudad tuvo tres puertas principales: la de La Puente que llevaba a las huertas y a Madrid, la de Lérida en la plaza de su nombre, donde hubo cuartel y convento, que daba acceso al camino que viene de Cataluña y la del Arnero a poniente que recoge las rutas montisonense y pirenaica.

La estampa del casco viejo no ha cambiado en muchos siglos, sí los detalles, los materiales, las gentes... Entramos por la calle Barranco y la ciudad se empina, apenas deja pasar la luz, y las aguas vertidas se deslizan con rapidez, recordándonos los viejos tiempos en que las gentes no tenían más alcantarillado que

la vía pública, a la que vertían orinales y palanganas, tras el grito de *jagua va!* Recuerdan algunos cronistas la comodidad sanitaria de estas vías que evacúan con facilidad y se limpian con la lluvia.

El desarrollo demográfico estrechó las calles dentro del perímetro defensivo, las casas cruzan sobre ellas formando pasadizos y arcadas. Ascendemos procurando no perder detalle, aquí un caserón restaurado: el de Junqueras, mantiene algo del estilo gótico aragonés, allá un pequeño adorno dieciochesco guardado en la fachada, alguna esquina recortada para permitir el paso de caballerías con sus cargas. Por arriba se ven aleros bien tallados y la piedra se mezcla con el ladrillo. Nos metemos por la calle Escaleretas, vamos y venimos, da gusto perderse en estos vericuetos.

Por J. Mariano SERAL

Con el objeto de realizar un recorrido por tierras de Belsué, partimos desde Huesca dirección Arguis, punto a partir del cual seguimos por la carretera vieja (N-330) hasta dar con el túnel de la Manzanera, enclave donde tomamos el desvío hacia la localidad de Belsué.

Los primeros rayos del sol asoman con cierta tibieza en una fresca mañana de agosto, el balanceo de la masa arbustiva nos indica que sopla el cierzo. Antes de seguir la senda que tiene su origen en una pronunciada curva a la derecha, nos acercamos hasta esta población para realizar un breve recorrido por sus calles. Situada en un tozal, el terreno colindante aterrazado en parcelas para poder ser cultivado. En las primeras calles se emplaza la herrería, con su fragua, yunque, fuelle y una pequeña pila cilíndrica tallada en piedra para enfriar los rusientes hierros. Las paredes de las casas de mampostería de tamaño irregular, pretendiendo buscar el orden dentro de la alineación horizontal, puertas adinteladas, predominando los tejados de losas, con alguna chimenea troncocónica de piedra toba. Destacando la Iglesia sobre las demás construcciones, dedicada a la Asunción de Nuestra Señora, data del siglo XVI al XVIII, poco después comprobaremos que su torre sigue el mismo patrón que la de Santa María de Belsué.

Dejamos a nuestras espaldas la población de Belsué, comenzamos a dar los primeros pasos por la senda, si bien en Arguis son abundantes las margas, en esta zona también están presentes, introduciendo pincladas de tintes azulados en el paisaje, es curioso ver la inclinación de parte de los estratos del terreno, llegando a formar en algunos tramos un canal natural cuyas paredes lo conforman la vergencia de dichos estratos. La vegetación en ciertas áreas se mengua por la escasa fertilidad de las tierras, entre buchos, algún cajico y pino aislado vamos avanzando dejando al sur el tozal de os Palacios, compuesto por mejores tierras que permiten echar raíces a los pinos, aumentando de este modo la intensidad del verde. Llegamos a una pequeña vaguada de terreno más productivo, enclave donde se emplaza la pardina de Ascaso, por el norte todavía se aprecia el aterrazamiento de la zona para el cultivo, en la ac-



Una de las primeras fotografías de la Ciudad de Fraga.-